

Lecciones Históricas Del Paro Cívico Nacional De 1977

EL PUEBLO DIJO ¡NO A LA POLITIQUERÍA! ¡SÍ A LA LUCHA DIRECTA!

Presentación

Hace 30 años, un miércoles 14 de septiembre, Colombia y en particular su capital Bogotá, fue escenario de un poderoso movimiento obrero popular que logró paralizar la producción.

El Paro Cívico Nacional de 1977, fue controlado en su dirección por fuerzas políticas y sindicales reformistas de la época, pues la crisis que el “izquierdismo” había desatado en las filas revolucionarias sumado al subjetivismo de no reconocer las tendencias objetivas del movimiento, malogró la actuación de una dirección consecuentemente revolucionaria del Paro, desperdiciándose ese gran impulso para un avance firme hacia la completa emancipación política y económica de las grandes masas trabajadoras, tal como la historia lo atestigua y hoy se registra en las desastrosas condiciones de vida y trabajo de aquellas, las verdaderas protagonistas en el Paro del 77.

La relación entre los dirigentes y las masas como hacedoras de la historia, ha sido y sigue siendo tema de litigio antagónico entre reformistas y revolucionarios. No por causalidad el Paro Cívico Nacional del 77 fue motivo, tanto de la auto-proclamación “revolucionaria” de ciertos reformistas, como de la actuación reformista de ciertos “revolucionarios”.

La independencia con respecto a la voluntad y deseos de los hombres, que tienen las ciegas y sordas tendencias revolucionarias del fondo de la sociedad capitalista, ha sido siempre piedra de diferenciación entre reaccionarios y revolucionarios. No por casualidad el Paro Cívico Nacional del 77 fue condenado como “aventura insurreccional comunista” desde la ultra-derecha, y de “absoluto espontaneísmo mamerto” desde la ultra “izquierda”.

Hoy 30 años después, el pueblo colombiano sigue humillado y arruinado por sus centenarios opresores y explotadores; por lo cual sin pretender abarcar el ámbito de síntesis que les corresponde a los partidos políticos, queremos atender esa relación, en lo que hace a la similitud existente entre la situación material de las masas en los años 70 y éstos años del nuevo siglo, entre sus aspiraciones de entonces y las actuales, entre los enemigos de ayer y de hoy, para que la clase obrera y demás trabajadores enfrenten en una nueva batalla la voracidad capitalista garantizada hoy por el antiobrero y antipopular régimen de Uribe a sangre y fuego, convirtiendo las lecciones históricas del Paro Cívico Nacional de 1977, en luz, estímulo, ejemplo y saber de la experiencia, para hacer de la lucha actual un paso firme en la dirección del socialismo.

Comités de Lucha

14 de Septiembre de 2007

I • Las Condiciones de la Época

El “Mandato Caro”

Eran aquellos los años subsiguientes al Frente Nacional, el régimen de acuerdo concertado entre conservadores y liberales para ejercer la dictadura de burgueses y terratenientes sobre el pueblo en el sacro nombre de la democracia. Se decía que el de López Michelsen (la momia burguesa recientemente sepultada) iniciado en 1974 era por fin un gobierno más para el pueblo, sin embargo lo único verdaderamente popular fue su “Mandato Caro”, como muy acertadamente el pueblo denominó al “Mandato Claro”, el programa de gobierno que lo identificaba.

El 27 de junio de 1977 decretó el Estado de Sitio, una garantía Constitucional de la dictadura de los explotadores para legitimar su ejecución abierta, muy usual durante los 16 años del Frente Nacional. Bajo el Estado de Sitio se daba manga ancha a la represión estatal, y a los gobernantes, facultades para dictar sin tanto trámite leyes contra en pueblo en privilegio de los capitalistas.

Así fue como el “Mandato Caro” arremetió contra la clase obrera, con despidos colectivos, trato militar a las huelgas, pretensión de dismantelar el Instituto Colombiano del Seguro Social - ICSS (el mismo ISS actual contra el cual arremete hoy la brutalidad del régimen de Uribe) y de imponer el salario integral (supresión de prestaciones y cesantías) punto esencial de una Reforma Laboral exigida de años atrás por los capitalistas para cercenar las reivindicaciones conquistadas en la lucha del movimiento obrero, y que en efecto los dueños de capital lograron imponer años después bajo regímenes como el de Uribe Vélez, golpeando a los asalariados de la ciudad y del campo, luego de que éstos perdieran toda independencia de clase en sus formas de lucha y organización.

En las oficialistas cifras del Dane, en septiembre del año 1977 el 21% de los asalariados en la ciudad devengaban un salario mínimo de \$1.860 o menos, y el 44% del campo \$1.590 o menos, frente a un costo de \$6.464 en la canasta familiar para los obreros.

Pero no menos desdichada era la situación padecía por las masas populares en general bajo el “Mandato Caro” de las altas tarifas y pésimos servicios públicos, de desempleo y extrema carestía de la vida, del cierre y militarización de universidades, de represión a los campesinos y estatuto docente para los maestros, de largas jornadas y salario por pasajero registrado para los conductores del transporte público.

El Movimiento de Masas

Tanto historiadores como detractores del Paro Cívico Nacional de 1977 limitan el motor de ese movimiento de masas o bien al trabajo inmediato y exclusivo de quienes quedaron encaramados en la cresta de su dirección, o bien a un golpe de espontaneidad instantánea de las masas.

Un sesgo así, disloca el movimiento de masas, del trabajo de los partidos políticos por organizarlo y dirigirlo en defensa de unos determinados intereses de clase. Rompe la relación y confluencia entre la lucha de resistencia económica y la lucha política por el poder estatal, por las cuales propugna la actividad revolucionaria de los partidos.

Es una distorsionada concepción de la historia de la lucha de clases, que para no ir tan lejos, desde los años 60 experimenta extraordinarios cambios en el movimiento de masas, atizados por profundas contradicciones de clase con los explotadores, lo cual desata un impetuoso dinamismo interno que lo lanza hacia formas de lucha y de organización revolucionarias, volviendo añicos la tradicional rutina de pasarse la vida esperando pasiva y resignadamente las dádivas de los poderosos, y la prédica reformista en el politiquero establo parlamentario implorando comprensión y entendimiento de los opresores, bondad y magnanimidad de los explotadores.

Es bien cierto que las masas, sobre todo las obreras, fustigadas por las infrahumanas condiciones de su existencia bajo el capitalismo, pueden llegar por sí mismas a formas de lucha contra el gobierno y los patrones; pero no a la conciencia de la necesidad de luchar y organizarse con independencia de clase (lucha política y partido político) para derrotar ya no a un determinado capitalista o a un gobierno en particular, sino a todo el poder de los capitalistas cuya fuerza organizada es el Estado.

Infundir esas ideas brillantes de la conciencia en las masas trabajadoras, es misión de los comunistas revolucionarios, quienes para cumplirla, desde casi dos décadas antes del Paro del 77, habían

combatido las teorías del falso comunismo que en la Unión Soviética (primera patria del socialismo) derribaron el poder político del proletariado en 1956.

Entre tales ideas, la de renunciar a la revolución violenta de las masas para tomar la vía de la “revolución pacífica”, fue particularmente acogida y respaldada por el viejo partido comunista colombiano, que por su identidad con ese programa de reducir la revolución al camino electoral empedrado de rancia y asquerosa politiquería, fue bautizado desde entonces “partido mamerto”, el mismo que sin renunciar a su programa reformista, por su actividad en la organización del Paro del 77, recibió el beneficio del carácter revolucionario que adquirió el movimiento, en una cruel ironía de la lucha de clases en Colombia que ya el 9 de Abril de 1948 en Bogotá había pillado completamente evadidos de la realidad a los máximos jefes del mencionado partido comunista en el jolgorio de un céntrico restaurante, justo en momento de la explosión insurreccional, cuando las masas requerían la dirección de los comunistas.

La otra cara de esa ironía histórica, le toca los partidos y organizaciones verdaderamente revolucionarias, que contra el pacifismo y conciliación del partido mamerto, desde los años 60 habían llevado la conciencia y trabajado por la independencia de clase en las formas de lucha y de organización del proletariado respecto a la politiquería, los patronos y el Estado... sin embargo, estuvieron ausentes de la dirección del Paro del 77, al cual llegaron divididos por la tendencia del otro extremo, el “izquierdismo”, y los quebrantados internacionales causados por la nueva traición que el falso comunismo o revisionismo cometía en esos días contra el poder político del proletariado en China.

La lucha de clases no perdona equivocaciones. La ausencia de los partidos políticos revolucionarios en los puestos de vanguardia durante el Paro del 77, dio comienzo material a su desaparición política y organizativa, si bien sus causas eran más profundas y anteriores. Pero fueron sus semillas de conciencia, lucha y organización revolucionarias, las que prepararon el fondo del terreno para la ebullición revolucionaria del 77, ventilada a lo largo de años de ascenso y auge del movimiento de masas estudiantil, barrial, campesino y proletario.

Son los años finales de la sexta década cuando el movimiento estudiantil toma el camino de la lucha directa para hacer frente a las reformas imperialistas de la educación superior, y a la arremetida del régimen del Frente Nacional que bajo el gobierno de Lleras Restrepo (abuelo del actual politiquero uribista Vargas Lleras) trata los problemas de la universidad con tanques de guerra y clausura repetida de la actividad académica.

Son los años iniciales de los 70, cuando todos los barrios del sur oriente de la capital toman el camino de la lucha directa y la organización independiente y por la base en cada barrio para rechazar el desalojo y los impuestos de valorización que causaría la construcción de la Avenida de los Cerros, mejor conocida como la Avenida de los Serruchos, y que sólo más tarde en los tiempos de la concertación reformista con la burguesía, ésta pudo cristalizar en Avenida Circunvalar.

Es la época de ebullición un masivo y poderoso movimiento campesino que opta por el camino de la independencia en su forma de luchar: invadiendo y recuperando directamente sin el desgastador trámite del INCORA, cientos de miles de hectáreas de tierra usurpadas por los terratenientes en la Violencia liberal conservadora de los años 50. Independencia en su forma de organización rompiendo la tutela gobiernista del Frente Nacional sobre la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos – ANUC, y conquistándola plenamente para la lucha de los pobres del campo.

Son los tiempos cuando la clase obrera decide quitarse y romper la coyunda politiquera, patronal y religiosa, en un muy amplio sector del movimiento sindical, que se convierte en el siempre firme y combativo Sindicalismo Independiente que recupera el camino de la huelga, la movilización y la organización por la base, para conquistar reivindicaciones sin precedentes en la historia del movimiento

sindical colombiano en contratación colectiva de la estabilidad, del salario, prestaciones y condiciones de trabajo, y de la indispensable labor de los sindicatos como escuelas de socialismo para los obreros y sus familias.

Así, el año 77 llega precedido de un cúmulo de huelgas y paros, que por su amplitud, frecuencia, duración, conquistas y beligerancia, demuestran cómo las ideas revolucionarias (no las reformistas) fueron las encargadas de elevar el grado de conciencia, movilización y organización del movimiento obrero y de masas en general, atendiendo a la propensión revolucionaria que el mismo movimiento porta en su transcurrir espontáneo: hacia la huelga y la lucha directa, no hacia la politiquería; hacia la confrontación, no a la conciliación con el enemigo.

Las propias estadísticas recopiladas por el historiador mamerto Álvaro Delgado, dan cuenta de esa realidad en la década 1971-1980:

Huelgas de solidaridad: 18

Huelgas obreras: 669

Huelguistas: 1.786.000

Jornadas no laboradas: 17.294

Discriminadas por años así:

	Huelgas	Huelguistas	Jornadas no laboradas.
1971:	37	152.000	825
1972:	67	162.000	1.040
1973:	53	105.000	1.250
1974:	75	82.800	1.360
1975:	109	197.500	2.366
1976:	58	117.100	2.647
1977:	93	210.200	2.615
1978:	68	366.000	2.422
1979:	60	90.200	1.450
1980:	49	303.380	1.319

Y por sectores de actividad muestran la importante participación huelguística (50%) del proletariado industrial:

267 en la Manufactura + 15 en la Construcción + 15 en Minas + 38 en Transporte = 335

125 en el Magisterio + 188 en Otros servicios + 21 en Agricultura = 334

La relación entre la conciencia y el movimiento espontáneo también se reflejan nítidamente en la dirección de las huelgas durante la década 1971 – 1980:

Sindicalismo Independiente (dirigido por los revolucionarios)	293	=	42.5%
CSTC (dirigida por los mamertos)	206	=	29.5%
UTC (dirigida por conservadores y curas)	114	=	16.5%
CTC (dirigida por liberales)	57	=	7.5%

CGT (dirigida por la democracia cristiana)	10	=	1.0%
Sin datos	21	=	3.0%.

Septiembre de 1977 llega no sólo precedido por un auge de huelgas obreras, sino también cargado de huelgas y conflictos sociales, tales como en Ecopetrol, Indupalma, Acerías Paz del Río, Avianca, Frontino Gold Mines, Telecom, Hospitales, Fecode, Ministerio de Hacienda, Empresas Públicas Municipales, Cementeros cuya huelga se extiende a 8 empresas y triunfa a los 49 días. Todas las huelgas en general fueron enfrentadas por el gobierno del “Mandato Caro” con represión sobre los trabajadores, tanto así que de las 93 huelgas del año, 21 fueron declaradas ilegales.

De igual manera, el Paro Cívico Nacional fue precedido de una importante experiencia de Paros en regiones y poblaciones, que en cifras de Medófilo Medina en *“Los paros cívicos en Colombia”* contabiliza 16 entre 1958 y 1970, y 72 entre 1970 y 1977. Por su parte, Arturo Alape en *“Un Día de Septiembre”* reporta 16 paros cívicos en 1977 en poblaciones como Florencia – Caquetá, Piedecuesta, La Ceja, Puerto Berrío, Convención, Tumaco, Nariño, Codazzi, Aguachica, Gamarra, Riohacha, Mompós, Algeciras, Sincelejo, Venecia y La Virginia.

Por tanto, venían muy de antes al año 77, tanto el dinamismo objetivo del movimiento de masas en general, como el esfuerzo de los revolucionarios por elevar su grado de conciencia, organizar y generalizar las formas de lucha revolucionarias que las propias masas habían ideado para enfrentar la dictadura del Frente Nacional.

II• Características del PARO

Fuerzas y Reivindicaciones

Las fuerzas sociales que protagonizaron el Paro Cívico Nacional fueron aportadas por los obreros y el pueblo asalariado en general, campesinos y pequeños propietarios, desempleados y amas de casa, destechados y marginados de los cinturones de miseria sobre todo en Bogotá.

Fue muy destacada la actuación de los obreros industriales al frente del paro, fogueados en la escuela del movimiento huelguístico durante casi dos décadas, donde habían aprendido que los derechos no se mendigan en el parlamento, se conquistan con la lucha directa y organizada del pueblo trabajador.

La poderosa fuerza del proletariado desplegó un combativo destacamento de mujeres obreras y amas de casa, que en conjunto con la juventud, convirtieron las zonas industriales y los barrios populares en los fortines del Paro.

La organización obrera en el movimiento sindical fue el pilar de las Asambleas obreras y populares, donde confluyeron juntas de acción comunal, comités de padres de familia, comités barriales, para nombrar los Comandos de Paro o Cabildos, como también fueron llamados.

Las desperdigadas reivindicaciones cuajadas a lo largo de varios años y de una diversidad de luchas de masas, encontraron expresiones comunes, tales como los pliegos levantados por las centrales obreras, donde se desglosaba:

- Exigencia del levantamiento del Estado de Sitio, desmilitarización de las universidades y cese de la represión contra los pobres del campo.
- Aumento general de salarios y congelación de precios y tarifas de servicios públicos.

- Jornada laboral de 8 horas y salario básico para los conductores del transporte público.
- Derechos sindicales para los trabajadores del Estado y abolición de decretos de reorganización del ICSS.
- Entrega de tierras a los campesinos.

En el fondo, fue la **lucha común** de todo el pueblo trabajador por unas **reivindicaciones comunes** contra el hambre y la miseria, y contra su auspicio por el gobierno represivo del “Mandato Caro”, en un momento cuando la lucha aislada de cada sector, de cada sindicato, de cada barrio, se había tornado impotente para conquistarlas por separado. Esa condición objetiva común a todo el pueblo, originada en lo más recóndito de las contradicciones de clase de la sociedad, fue la base material para la gran amplitud y radical combatividad del Paro Cívico Nacional de 1977.

El Intrépido Empuje del PARO

La historia de la lucha de clases en Colombia ha sido escrita en rasgos de grandes movilizaciones de masas, rebeliones y alzamientos incluso rayanos en insurrección como la de los Comuneros 1781 en o *El Bogotazo* del 9 de abril de 1948; de masivos y revolucionarios movimientos de los pobres del campo como el de las Ligas Campesinas en la década del 30, o las gigantescas recuperaciones de tierras de la ANUC a comienzos de los años 70; de sacrificados y monumentales movimientos estudiantiles como el de 1929 contra la represión sobre los obreros bananeros, o el de 1954 que socavó la dictadura de Rojas Pinilla (abuelo del polotiquero actual Moreno Díaz), o el de 1968-1972 expresando la rebelión internacional de la juventud contra el orden capitalista; de heroicas y poderosas huelgas (varias masacradas por las FFAA del Estado) como en las Bananeras, Puertos, Ferrocarriles, Cementeras, Ingenios, Textileras, Petroleras...

Si bien, es éste el camino histórico trasegado por las masas trabajadoras, nunca antes se había presentado en Colombia un combate de clases como el ocurrido en el Paro Cívico Nacional de 1977. Por aquellos años las relaciones de producción capitalistas basadas en el trabajo asalariado habían ya doblegado a las viejas relaciones de la prestación personal o servidumbre, y a todo vapor marchaban hacia un pleno predominio también en la agricultura favoreciendo un desarrollo de la lucha de clases en el campo más abierto, más claro y diferenciado. Esta característica capitalista de la sociedad colombiana, con una abundante mano de obra libre para ser esclavizada con el salario, le imprimió de por sí a todas las luchas obreras subsiguientes a los años 60, una connotación cualitativa y cuantitativa superior a sus antecesoras, con todo lo importantes que hayan sido.

Es así, que el 14 y 15 de septiembre de 1977, por primera vez en la Colombia capitalista, se libra un choque social entre sus clases más importantes: la clase obrera, ya no de una fábrica, ni de una rama de la producción, sino de muchas fábricas, confronta como clase a sus antagónicos enemigos, los dueños del capital; y se libra este combate en el tinglado donde más golpes le entran a la burguesía: en el paro de la producción industrial; concentra su golpe principal en la ciudad más importante del país: la capital Bogotá que por aquellos tiempos albergaba a unos 3'700.000 de habitantes; y gana para su causa amplias capas de resto de la población asalariada y de los barrios populares para imponer la orden de paralizar toda actividad económica, volviendo añicos el “orden público”, sagrado refugio de la explotación custodiado por el gobierno y las FFAA del Estado.

Fue entonces un movimiento que con el gran impulso de los años anteriores, y aunque se irradió por ciudades como Barranquilla, Cali, Cúcuta, Ibagué, Villavicencio, Santa Marta, Cartagena, Neiva, Sogamoso, y Buenaventura, situó su epicentro en Bogotá donde la parálisis de la vida económica de la capital durante 48 horas, puso a convulsionar la vida política en todo el país.

Promediando los cálculos de Álvaro Delgado, en Bogotá la industria fabril fue afectada en un 65%, el transporte urbano en un 95%, el comercio y la construcción civil en un 75%; y de conjunto en las principales ciudades estima que los huelguistas del 14 de septiembre alcanzaron 1'300.000 trabajadores asalariados, dimensión cuya importancia extraordinaria puede sopesarse si se le compara con el 1'638.000 de huelguistas y las, en promedio, 1'482.000 jornadas de huelga durante los anteriores 15 años.

Los centros educativos paralizaron su actividad, y también fueron afectados los puertos marítimos, el transporte aéreo y el transporte por carretera con no pocos bloqueos de campesinos. En tanto, los trabajadores de los bancos y servicios públicos estatales se quedaron al margen del Paro.

En Bogotá las confrontaciones de masas con las fuerzas represivas y con los esquiroles de fábricas y del transporte fueron violentísimas en las zonas industriales del sur, centro y occidente, siendo levantada la vía férrea en la localidad de Fontibón con lo cual fue anulada esa opción rompe paros del gobierno.

Así mismo el copamiento de las vías públicas por las masas enardecidas, de los grandes supermercados literalmente barridos en beneficio de las despensas vacías de los proletarios, y contra la arremetida de las fuerzas represivas del Estado, tuvo como escenario principal los barrios occidentales de Las Ferias, Santa Helenita, Quirigua, Kennedy; los aledaños a la Avenida Caracas desde el centro hasta los sureños Lomas, Santa Lucía, San Carlos; los de la salida oriental hacia los llanos, y los de la ya por entonces populosa localidad sur occidental de Bosa y el municipio industrial de Soacha.

Es pertinente transcribir aquí algunos apartes de los Testimonios recopilados por Arturo Alape en su libro *“Un Día de Septiembre”*:

“...En el barrio Santa Lucía, la gente se concentró como nunca, en disposición de pelea. Cualquier vehículo se recibía a piedra. Desde las seis de la mañana, las consignas. Mucho joven. Tantas mujeres como nunca. Es un sector proletario. Las gentes se subieron a las lomas y comenzó la primera descarga de piedras, cuando el ejército detuvo a los primeros muchachos. Y las piedras bajando por las lomas, los soldados pálidos, temblorosos, sudando, en un correr sin fin...”

“...Esperamos a la hora de entrada de los trabajadores de Inducero y formamos tres comisiones, distribuidas dos cuadras antes, con el fin de persuadirlos de que no entren. El martes les dimos la orientación: hasta el jueves muchachos!!! Mañana miércoles no den blanco, puede haber problemas con la empresa. Esto mismo lo hicieron los compañeros de gaseosas. De 100 que es el turno de la mañana, entró a laborar uno. A las siete entran dos viejos divisionistas por la misma puerta que entra el gerente y los empleados. Llegan otros trabajadores y los orientamos para que no entren. A las siete pasa el tren desocupado rumbo al sur y en menos de media hora regresa atiborrado de gente y deja más de dos mil trabajadores en la 39 con 13. Llegan los troles repletos de personal. Los encendemos a piedra. Se forma un nudo y un aguacero de piedra que paraliza de inmediato a los troles. Baján y suben con los vidrios rotos. Los conductores se paran al frente para defenderlos y cuidar la chanfaina. La policía detiene a dos compañeros. Está bloqueado totalmente el transporte por la 13 hacia Fontibón y la Avenida de las Américas. Son las nueve. Estruendoso se ve el paro. Gentío hacia el centro, no caben por las avenidas. Sube desfilando el colegio de los barrios Galán y Trinidad, gritan vivas al paro, abajos al gobierno. Son más de mil estudiantes. Se llenan las aceras. El ejército ayuda a la congestión. A las diez de la mañana en la zona industrial las calles se ven solitarias de carros...”

“...Yo calculo que por lo menos unas 130 a 150 personas movieron el recolector, la muchedumbre empieza a echarle basura, a echarle palos, a echarle piedras y le prendieron candela, aprovechando que el ejército está al otro lado del tren. Un obstáculo total. El ejército trata de hacer retroceder el tumulto para sacar el tren. (...) El ejército ha cubierto la línea del ferrocarril desde la glorieta hasta varias cuadras hacia el sur. Utiliza como veinte carros, llenos de tropa, con ametralladoras y cañones.

El tren tiene unos quince vagones. La muchedumbre que viaja en el tren está a la expectativa. Gritan contra el gobierno. No van para ninguna parte. Sacan las cabezas por las ventanillas, gritan, este paseo si que está bueno! El ejército coloca un tanque. Lo mismo que coloca un batallón. Escuadras completas cubriendo la línea. El tren quieto. El maquinista impaciente. La gente callada pero satisfecha se retira, hacia atrás, más bien observadora. El ejército quiere quitar el recolector y no puede. Desenganchan los vagones. Y la máquina con una labor dispendiosa, de mucho cuidado, puede quitar el recolector a las dos de la tarde... la carrilera queda inundada de basura..."

"...A las once de la mañana, la situación es incontrolable. Lo del Yep es como un repudio ante la provocación de la policía. La gente en su núcleo fundamental, creo, no planea el asalto. Claro, posiblemente el lumpen si lo había pensado. Fue en todo caso una forma de rebeldía cuando ellos atacaron. Se vienen con su caballería, siete u ocho caballos y se levantan miles de piedras, aguacero de agua dura que rompe cabezas, que zumban sobre los cascos, que atinan sobre las barrigas de los animales. La lluvia encierra a la policía en una bomba. Ellos dejan a los animales y acuden a los gases y por el contrario, embravecen a la población. La policía sale de su encierro y corren los hombres de verde, no a caballo, sino con sus piernas y corren los caballos y detrás de ellos, la lluvia. Se ha enfurecido el barrio La Estrada. De las casas, la lluvia dura se vuelve horizontal y desde las terrazas, con sorna se apunta sobre las pobres cabezas de los policías que corren. A la entrada de las puertas abiertas de las casas, adentro mismo se amontonan por instantes, bultos de piedras. Y la masa se va acercando poco a poco, casi con calma como un solo hombre y presionan las puertas metálicas del Yep, es la fuerza que se estira como un caucho para coger aliento y dar, un nuevo empujón sobre las puertas que comienzan a ceder y las piernas sostienen semejante esfuerzo que termina por abrir las puertas en un solo estruendo. Y la noticia se despliega: "El Yep está abierto y no se necesita dinero para comprar..." El crédito está a disposición. Corre el mundo. Los ancianos corren por sus años. Las zancadas de los niños... Es como tener el estómago dispuesto para una buena comida. Corren todos. Las mujeres sacan brillo en sus ojos. Los niños agarran cuadernos, otros salen comiendo chitos y se reparten; otros con manotadas de dulces y los lanzan al cielo, luego el nudo humano que se despliega para acapararlos. Un viejo sale con un manojo de camisas y el viejo, más joven se ríe contando las camisas. Vuelve sus ojos a las puertas abiertas y se ríe. Dos niñas salen con dos muñecas. Todo el barrio está pisoteando metros de una tela que nadie cortaba..."

Y los empleados del almacén en un esfuerzo inútil por convencer a la gente, se quedan quietos. No se mueven los celadores, esconden más bien cierto regocijo... Nadie detiene a nadie, hay más bien complicidad ante ese alud que está despedazando esa propiedad...

Yo me movilizo en medio de la militarización. Se corean consignas: abajo el hijueputa de López!!!, abajo los ladrones del Yep!!! Desde un edificio, por la avenida Boyacá, sacan unas casetas... Cómo lo hicieron? La fuerza se multiplica, se agita. Derriban las casetas de los buses. Derriban los postes de la luz, los atraviesan en la calle. La gente vuela lo que encuentra con tanta facilidad que abrumba. Todo se puede los imposibles son posibles... Ayer decíamos, derribar un poste de la luz, imposible...! Ahora son muertos que yacen sobre la vía, los cables se enredan sobre las piernas. Necesitamos llantas, lo gritamos y corriendo salen cincuenta llantas... ¿De dónde salen...? ¿Quién las guardaba? Salieron, ruedan ya rociadas de gasolina, girando sus llamas. Seguimos la movilización. Ya controlan el Yep. Un río humano viene del Tampico, viene del Yep. Ese río se mete a la Caja Agraria y los empleados salen corriendo con horror en sus miradas. Tiemblan las paredes. Los hombres se impulsan en sus piernas y levantan los pies por el aire para estrellarse contra las paredes. Es una oleada la que intenta derribar las paredes del edificio. Vuelven atrás y al unísono vuelan para estrellarse con sus zapatos contra el cemento. No sienten dolor, lo dejan para la noche. Es un tumulto enfurecido. Ahora se golpean las paredes con las manos. La sangre aparece sobre los nudos de los dedos. La policía como

autómata sigue a la población, incapaces de controlarla, en sus ojos como si apareciera el sueño y todo fuera una extraña visión. El río marcha. Y sienten a sus espaldas un tropel conocido. Entonces dicen esas miles de gargantas: a la telefónica!!! Y los vidrios del edificio son altos, pero caen a tierra como vidrio molido....”

“...A los vidrios!!! Las ventanas se vuelven telarañas. Los pasajeros se paralizan, luego reaccionan al tirarse al suelo. Las ventanas transparentes. El pánico es terrible, la gente se baja, atropellándose, pasando unos por encima de los otros, gritando, no soportan el terror. De pronto se ven los vagones vacíos, sin el ajetreo de los hombres. El tren es una máquina muerta, momentáneamente. Afuera, en los andenes de la estación, siete mil personas enfurecidas y en cada mano una piedra. La gritería de los muchachos es ensordecedora. Es el cruce del tren entre el Atahualpa y el Pedregal. Nadie se acuerda del almuerzo ni de nada. Es un ambiente de zozobra. Las mujeres con sus niños en los brazos, corren. No se puede controlar a nadie....”

“...Atahualpa es así: está en medio de una gran cantidad de barrios. Es que viven muchos trabajadores a sus alrededores. Atahualpa tiene varias fábricas vecinas. Industrias. Los trabajadores se vinieron, lógico, como es el paro de los trabajadores, lógico....”

“...Pues encarraron las piedras con llantas y mechas y regaron aceite en la madera, a esa que llaman durmientes y prendieron candela. El tren no puede pasar, retrocede un poco hacia abajo, hacia Engativá. Allí es la refriega dura con las gentes de Atahualpa, Fontibón, del Charquito, la Palestina, el Pedregal, la Internacional, Versalles y el ejército. Los durmientes de la carrilera despertaron en llamas...”

No por casualidad la explotadora burguesía tuvo que archivar su “salario integral” y su “reforma laboral” hasta cuando el movimiento sindical fue nuevamente doblegado por la dirección de liberales, socialdemócratas y oportunistas, hasta cuando las camarillas sindicales lograron amordazaron la lucha sindical con la sedosas ataduras de la conciliación y la concertación, dejando el terreno preparado para que posteriores gobiernos impusieran ya sin la resistencia de la lucha obrera las reformas que el pueblo había rechazado en 1977.

No por magnanimidad de los capitalistas, el gobierno del “Mandato Caro” se vio obligado el 1 de agosto a incrementar el salario mínimo en 5,1% para disuadir el Paro que se venía, y luego después de la jornada cuando ya el pueblo había puesto sus condiciones, a decretar en octubre un aumento del 25,8% a partir del 1 de noviembre, y 10,3% a partir del 1 de mayo de 1978. Así el salario mínimo entre enero y noviembre de 1977 paso de \$1.770 a \$2.340 en las ciudades, y de \$1.500 y \$1.590 a \$2.011 en el campo.

El Carácter del PARO

Las profundas y antagónicas contradicciones de clase de la sociedad, especialmente la contradicción entre el capital y el trabajo, infundieron un poderoso dinamismo al movimiento de masas, que a su vez había contado con largos años de intensa, amplia y diversificada labor de los revolucionarios para cualificar las condiciones de la conciencia social y la experiencia en la lucha directa e independiente de las masas con respecto a la politiquería.

De ahí que fuera inevitable la actuación del proletariado industrial, quien cumplió en la vanguardia como la historia se lo exigía en ese momento; y si el movimiento no fue más adelante, no fue por falta de ánimo del proletariado y de las masas, sino por equivocación de los revolucionarios.

Ese empuje irradiado desde el fondo de la sociedad, que no respeta deseos ni voluntades, sino que sólo obedece a la necesidad objetiva de los intereses de las clases, rompió el límite de lo “cívico” muy afín

al reformismo siempre respetuoso de la institucionalidad burguesa, siempre presto a apagar cualquier chispa de lucha violenta de clases que ponga en entredicho el dominio de la burguesía.

El Paro Cívico Nacional de 1977 dio suelta a una abierta confrontación de clases entre los de arriba y los de abajo, liberando el acumulado odio de clase de los pisoteados por los ricachones de los bancos, de la industria y de la tierra, transformando la desesperación contenida por la impotencia, en una formidable demostración de fuerza social de quienes todo lo sostienen con su trabajo, frente a la cual, toda contención leguleya, moralista y filisteo, saltó cual cáscara de huevo, y por uno y dos días, se impuso desde abajo el gran y temido poder de paralizar la producción, haciendo temblar a quienes siempre han vivido de moler trabajo ajeno.

Una confrontación que por ser entre clases, adquirió de hecho un carácter político; y por ser sobre todo un enfrentamiento entre las clases antagónicas características del capitalismo, la burguesía y el proletariado, adquirió un carácter violento, irreconciliable, donde el Estado como fuerza organizada de los de arriba pretendió suprimirle a los de abajo su principal medio de lucha en esta batalla: la huelga, que éstos hicieron valer por la fuerza de su movilización masiva y de enfrentamiento directo con las fuerzas del Estado.

Aunque pequeña y de corta duración, fue una muestra contundente del poder que tienen las masas en el capitalismo sólo por su característica de ser productoras directas, tan demoledor que cuando cuentan con una vanguardia revolucionaria y bien organizada, pueden colocar en la bandera de su lucha política, ya no sólo unas cuantas reivindicaciones generalizadas para soportar la situación bajo el capitalismo, sino el objetivo de hacer saltar todo el corrompido orden burgués y destronar en un día a sus centenarios opresores.

Como se puede ver, por la composición de sus fuerzas sociales, por el contenido de sus reivindicaciones y por sus métodos de lucha, el Paro Cívico Nacional de 1977, contrario a su propio nombre y a la doctrina “cívica” de sus dirigentes inmediatos; se transformó objetiva y literalmente en una poderosa Huelga Política de Masas, que pisoteó y enterró las pretensiones antiobreras y antipopulares del “Mandato Caro”, sostenido por el Estado de Sitio, política predilecta heredada del régimen dictatorial burgués terrateniente del Frente Nacional, y abanderado de las exigencias imperialistas y los viejos reclamos empresariales tales como la rebaja integral del salario o “salario integral”, el alza continuada de precios en los artículos de primera necesidad para los trabajadores, en los impuestos y en las tarifas de los servicios públicos.

La Represión Sobre el PARO

El gobierno del “Mandato Caro” desde el 26 de agosto decretó arresto inconmutable de 30 a 180 días a *“quienes organicen, dirijan, promuevan, fomenten o estimulen en cualquier forma el cese total o parcial, continuo o escalonado, de las actividades normales de carácter laboral o de cualquier otro orden”*.

Encimó autorización de despidos colectivos sin previo aviso y sin indemnización, aún para quienes estuviesen cobijados por el fuero sindical. Y desde luego, la medida infaltable en la época contra las organizaciones sindicales: cancelación de la personería jurídica.

También desde ese mismo día, impuso a la prensa, radio y televisión la censura de toda información sobre paros y huelgas.

El 1 de septiembre lanzó el Plan Tricolor, que ordenaba la concentración de tropas y las facultaba para reprimir todo movimiento a cualquier precio con tal de prevenir “el golpe de Estado”, cuando en realidad el movimiento del 14 de septiembre, si bien se transformó en una huelga política de masas por

el carácter de ser una lucha directa contra el Gobierno donde la clase dueña del trabajo exigió en un acto común de lucha unas comunes reivindicaciones a la clase dueña del capital, pero no existió la pretensión de tumbar al gobierno, ni en la plataforma de reivindicaciones, ni en el grado de conciencia y organización de las masas, y mucho menos en los planes en su reformista dirección política práctica, que como confiesa Álvaro Delgado destilaba a chorros cretinismo parlamentario: *“Su vanguardia, el partido comunista, ha hecho una importante experiencia en la combinación de la lucha electoral con la huelga de masas y con las acciones cívicas en los barrios populares.”* (Política y Movimiento Obrero Pág. 208)

Desde el 1 de septiembre la represión estatal del Ejército, Policía, Das, F2, B2 y Defensa Civil, inicia la ejecución de un plan intimidatorio compuesto de amenazas, provocaciones, delación y acciones paramilitares contra los activistas del Paro. El 2 de septiembre son prohibidas las manifestaciones públicas, y el 5 se decreta Toque de Queda en Barranca, donde se libraba una huelga de los obreros de Ecopetrol desde el 25 de agosto.

Desde la noche del 13 de septiembre la represión oficial desahorada copa las calles, los carros de combate se lanzan contra las barricadas de llantas incendiadas, y las tropas calan bayoneta contra los huelguistas. Los trabajadores hacen frente y en muchos sectores su número les da la superioridad, pero sobre todo su acción simultánea en diversos sitios estratégicos de la capital, donde desde días anteriores se habían organizado las caletas del material propio para este combate: llantas, troncos, garrotes, caucheras, piedra, grapas móviles para lanzar y fijar para clavar en el pavimento, aceite y vidrio molido para embadurnar las rocas y objetos atravesados en las vías. Ni siquiera quienes se quedaron en las casas se marginaron del combate, pues convirtieron azoteas y tejados en bases de toda clase de proyectiles: ladrillos, bloques, tejas, latas, materas, agua hirviente...

Son ilustrativos algunos testimonios de *“Un Día de Septiembre”*:

“...No cabe un alma más. Traen algunas muchachas por echar piedra, ha sido fuerte la pedrea. Después del toque de queda, nos trasladan a la estación de San Fernando. Según dicen, nos trasladan a los más peligrosos. Me impresiona ver tanto vidrio y barricadas en la avenida 68 con 68. En la comisaría están llenos los patios. Trastean gente para El Campín. A los que salen les hacen calle de honor, los despiden a garrote. Los policías se cuadran a los lados y entre palabrotas se ríen a carcajadas. Pienso que voy a quedar solo. Los detenidos gritan de dolor. En el patio, muchos niños de nueve y diez años. Por pedreas los trajeron. Cansados duermen unos encima de otros. Y surge otra forma de diversión: a cada rato viene un policía, abre una manguera y pone el chorro sobre sus cuerpos. Unos lloran al despertarse. Se quedan quietos cuando el policía deja de regar el agua. Procuran dormir. No importa la humedad en sus ropas. Se escogen entre varios como si fueran uno solo...”

“...Y la gente arrevolverada ante tanta candela. Fue entonces cuando el capitán ordena disparar contra el tumulto. Corren, se desplazan a otros sitios. Y el capitán no tiene otra alternativa sino que pagarla con las gentes que estaban jugando al tejo, en la esquina de la misma cuadra de los muertos...”

“...Un capitán del ejército, dicho por los habitantes del barrio y por los hermanos de Elda Janeth, ordena disparar. Ellos no se aguantaron y dieron bala. Ahí cae Elda Janeth lo mismo que una señora con quince días de dieta además hieren a un niño de 11 años que quedará inválido, porque le dañaron los testículos...”

Las noticias radiales difunden la versión de los asesinos: *“Según el reporte de las autoridades, las dos mujeres y el niño se hallaban dentro de una vivienda del citado barrio, cuando se produjeron los mortales disparos. Conforme lo dijimos ayer, el capitán Francisco Perlaza, quien comandaba la tropa que fue desplazada hacia ese lugar, dijo a sus superiores que él ordenó a sus hombres abrir fuego*

contra una de las construcciones del Atahualpa, debido a que desde allí le hicieron algunos disparos. Este oficial, perteneciente a la FAC, dijo que las balas no hirieron a ninguno de sus hombres y que aparentemente los proyectiles disparados por éstos no hicieron blanco en quienes se hallaban en dicha casa. Según su creencia, las dos mujeres fueron muertas por personas que se hallaban en el mismo sector y que presumiblemente mantenían alguna rivalidad con las víctimas."

Fueron miles los detenidos y cientos los heridos, varios asesinados en Medellín y Cali, y no menos de 18 compañeros caídos en Bogotá, "en respuesta a peligrosas agresiones" según la descarada declaración del comandante de las FFMM, el chafarote general Camacho Leyva.

También quedó el registro del Epílogo de "Un Día de Septiembre": "No señor presidente, para codificar el tipo de muerte de los muertos no es necesario llamar a los técnicos del DANE. Para su memoria, hagamos el muestreo: 1. Pablo Álvarez, 23 años, muerto de dos disparos de fusil frente a la carrera 25 No. 23-70 sur; 2. Wilson Arismendy Mendoza, 18 años, caído a las 5:45 p.m. cerca de la carrera 49C esquina calle 25 sur; 3. Elda Janeth Morales Rodríguez, 18 años, estudiante de 3er año de bachillerato, cayó en la puerta de su residencia, carrera 113 Nro. 31-49, por disparo de fusil en la espalda cuando salió a observar la presencia de tropas de la FAC, al mando del capital Francisco Perlaza; 4. Celina González García, 21 años casada, madre de cuatro hijos, el menor de 15 días, murió por disparo de fusil en la cabeza, cuando se hallaba en su casa carrera 113 Nro. 31-57; 5. Edgar Eduardo Moreno, niño de 10 años de edad, se encontraba en la misma casa que la señorita Elda Janeth Morales Rodríguez, falleció en el Hospital Militar víctima de un tiro de fusil; 17. Josefina Rico Chiguasuque, 18 años, obrera fabril, recibió un balazo en el tercer espacio intercostal, cuando ella abría la puerta de su casa, minutos después del toque de queda, a las 9 p.m., su cuerpo quedó tendido sobre las gradas de acceso a su residencia, calle 46 Nro. 9-08; y su voz nasal, señor presidente nos hablaba o quizá sonaba en nuestros oídos, de tan terribles armas utilizadas por la subversión, caía 19. Tarcisio de Jesús Reyes, 21 años, estudiante de 4to. Semestre, Universidad Católica, por dos disparos de fusil hechos por una patrulla de la Policía, después del Toque de Queda cerca de su residencia, calle 46 Nro. 9-08. Como puede constatar usted mismo, señor presidente, los muertos fueron muertos por tiros de fusil o de pistola y ninguno encontró la muerte por una tachuela."

La Dirección del PARO

El Sindicalismo Independiente construido al calor de tantas e importantes batallas en la lucha de resistencia de aquella época, logró su formidable desarrollo propulsado por una incesante lucha de tendencias y líneas a su interior respecto al contenido de clase de lo que todos denominaban comúnmente "independencia", y a la forma organizativa como se debía expresar: "central independiente y revolucionaria" o "central unitaria".

Fue el Encuentro Nacional del Sindicalismo Independiente de diciembre de 1976 en Medellín, donde la verdadera independencia de clase del movimiento sindical fue derrotada. Esa bandera que ondeó en tantas y tantas huelgas triunfantes, que logró conquistar con la lucha directa reivindicaciones de contratación colectiva en estabilidad y salarios jamás vistas en Colombia, que sirvió de escuela de socialismo a miles y miles de obreros... esa bandera fue derrotada y arriada por el "unitarismo sindical", por la unidad a costa de sacrificar la independencia de clase de los obreros por ¡la unidad con la burguesía!

Así, la Independencia de Clase sin la cual el movimiento sindical se torna inservible para los intereses obreros y se convierte en un movimiento patronal al servicio de la explotación asalariada, fue derrotada en el Encuentro del 76, sumiendo al Sindicalismo Independiente en una crisis de la cual no pudo recuperarse.

Una crisis donde la independencia ganada en el movimiento sindical también fue sacrificada al poco tiempo en el altar unitario de la CUT, donde se pactó la unidad de la izquierda reformista con la burguesía, para cederle a ésta la dirección de todo el sindicalismo, postrándolo a su servicio, inmovilizándolo al punto de extinguir por completo el movimiento huelguístico por 8 largos años (1984 – 1992) y desorganizándolo hasta reducirlo a la mínima expresión de un 4% de los obreros activos en la producción, con todo lo cual sólo ganaron los empresarios capitalistas quienes aumentaron frenéticamente sus ganancias, a cuenta del salario real de los obreros rebajado en la misma proporción, a lo largo en un calvario soportado por la clase obrera desde 1985 y cuyas consecuencias horribles hoy padecen en carne viva los proletarios.

El “unitarismo sindical” abanderado dentro del Sindicalismo Independiente por “izquierdistas”, “anarcosindicalistas” y “trotskistas”, salió triunfante a concretar la unidad con la influencia revisionista en el movimiento sindical expresada en la CSTC, para luego hacer causa común con las viejas centrales patronales y dar vida a su panacea: la Central Unitaria de Trabajadores - CUT, donde la presa del león le correspondió a la derecha: Jorge Carrillo de la UTC, turbayista representante a la Cámara, fue ungido primer presidente de la nueva central, con el concurso de los “comunistas” tanto de la extrema “izquierda” como de la derecha mamerta.

En tales condiciones, mientras que en el movimiento sindical la iniciativa del Paro del 77 quedaba en manos de la CSTC y la CGT, la presión de la base y el trato servil dado por el gobierno a las “respetuosas peticiones” de las otras camarillas sindicales de la UTC y CTC, a pesar de su carácter anticomunista, gobiernista, patronal, y anti paro, las obliga a comprometerse con el movimiento.

Era una época preelectoral, donde las contradicciones entre las clases dominantes se manifestaron incluso como apoyo al Paro por directorio conservador ospino-pastranista. Todas las demás posturas políticas de las clases dominantes, de los gremios y de la prensa grande cerraron filas alrededor del gobierno del “Mandato Caro”.

En el movimiento político de la izquierda las direcciones del Moir y la Liga ML condenaron abiertamente el Paro, en tanto que las de otras organizaciones de comunistas revolucionarios se quedaron simplemente al margen del movimiento. Así, los “comunistas” en la dirección del Paro del 77, fueron justamente los falsos comunistas del partido mamerto.

La conclusión es clara: el Paro Cívico Nacional del 14 de septiembre de 1977 quedó huérfano de una verdadera dirección revolucionaria. La iniciativa revolucionaria en las acciones del paro surgió de lo profundo de las masas trabajadoras.

La Huelga Política de Masas de 1977 de una parte, selló una histórica victoria del movimiento revolucionario de la época, al constituirse en la cima del auge del movimiento de masas, con la clase obrera industrial como protagonista destacada. Pero de otra, fue así mismo el comienzo evidente del declinar del movimiento revolucionario, cuyas organizaciones políticas más consecuentes ya entraban en la barrena de una profunda y prolongada crisis con causas que sobrepasaban los límites nacionales, dejando desde entonces sin vanguardia esclarecida al proletariado, tanto así que la dirección inmediata y práctica del Paro quedó en manos de organizaciones dedicadas a la politiquería electoral tales como sectores del Movimiento Independiente Liberal - MIL, de la Unión Nacional de Oposición - UNO y de la Alianza Nacional Popular - ANAPO inspirada por el ex dictador Rojas Pinilla; y principalmente, en manos del partido revisionista de Vieira, denunciado desde 1965 por mamerto, electorero y conciliador, pero cuyas bases sobre todo las obreras, merecen el reconocimiento de haberse comportando en la organización inmediata y en el propio Paro como verdaderos hombres de vanguardia.

La Huelga Política de Masas de 1977 fue el punto de quiebre entre un período de flujo de la revolución y otro de reflujo que llega hasta comienzos de los años 90. Fue el punto de dislocación del proceso de

lucha por la independencia de clase de los oprimidos, y de ruptura organizativa de los revolucionarios que todavía hoy no logran reconstituir su partido político de vanguardia.

El Paro del 77 fue un claro movimiento revolucionario de masas donde **EL PUEBLO DIJO ¡NO A LA POLITIQUERÍA! ¡SÍ A LA LUCHA DIRECTA!**, a tal punto que las organizaciones politiqueras acaballadas en su dirección, cinco meses después en las elecciones de febrero, sufrieron un contundente rechazo abstencionista de las masas.

III• Enseñanzas para el presente

Los Mismos Problemas del Pueblo, Pero ¡MULTIPLICADOS!

Si se compara el contenido de las reivindicaciones del pueblo en 1977 con las actuales necesidades básicas del pueblo colombiano, se puede observar que en esencia son las mismas pero agravadas, con una diferencia apenas de grado, pues en los tiempos actuales las masas trabajadoras han sido llevadas por los oprobiosos e insaciables parásitos capitalistas a un límite insoportable de humillaciones y empobrecimiento.

Si en aquella época el gobierno de López Michelsen representaba en las cumbres del poder estatal el peso de los industriales y banqueros en la economía... hoy el régimen de Uribe Vélez representa el peso de la mafia burguesa en la sociedad.

Si entonces la dictadura de los capitalistas se parapetaba tras el Frente Nacional y el Estado de Sitio, hoy lo hace tras el Estado Comunitario y la Seguridad Democrática, con un régimen que ha generalizado e institucionalizado lo que para aquella época eran apenas zarpazos de la “mano negra”: el paramilitarismo y el terrorismo de Estado. Por eso, hoy es bandera común de todo el pueblo colombiano **EL RECHAZO AL TERRORISMO DE ESTADO QUE COARTA, DETIENE, ELIMINA O DESAPARECE A QUIEN NO ACEPTA LOS DESIGNIOS DEL RÉGIMEN.**

En aquel entonces la clase obrera luchaba contra la imposición del salario integral, contra los impuestos de valorización y el elevado costo de los servicios públicos... hoy debe luchar por la supresión del “salario integral”, es decir, **POR UN ALZA GENERAL DE SALARIOS, POR EMPLEO Y SUBSIDIOS PARA LOS DESEMPLEADOS, Y CONTRA EL ALZA EN LAS TARIFAS DE LOS SERVICIOS PÚBLICOS QUE PAGAN LOS TRABAJADORES.**

Si en aquellos tiempos los trabajadores rechazaron la reforma laboral antiobrera que tanto ansiaban los capitalistas para suprimir las conquistas de la lucha obrera en sus Convenciones Colectivas.... hoy los proletarios están obligados a levantarse de nuevo para recuperar las reivindicaciones arrebatadas: **CONTRATACIÓN COLECTIVA DEL SALARIO, DE LA ESTABILIDAD Y DE LAS CONDICIONES DE TRABAJO; DERECHO DE ASOCIACIÓN MOVILIZACIÓN Y HUELGA.**

Si el gran movimiento de masas de 1977 detuvo las pretensiones de los capitalistas de empezar a dismantelar los servicios de seguridad y salud pública adquiridos con la lucha del movimiento obrero... hoy cuando los capitalistas han privatizado tales servicios, es imperiosa la necesidad de exigir con la lucha, **SALUD, EDUCACIÓN Y VIVIENDA PARA EL PUEBLO, ASÍ COMO LA CONDONACIÓN DE LAS DEUDAS CON LOS ESTAFADORES DEL UVR.**

Si en los años 70 la conciencia, unidad y organización del movimiento campesino refrenaron los abusos de los terratenientes contra los pobres del campo... hoy, cuando a lo largo de 20 años han sido despojados, diezmados y desplazados por la guerra de la coca, no le queda otro recurso al pueblo

trabajador sino exigir **LA CONDONACIÓN DE LAS DEUDAS DE LOS CAMPESINOS POBRES Y MEDIOS, SUPRESIÓN DEL SISTEMA DE HIPOTECAS, Y RETORNO EFECTIVO DE LA TIERRA A LOS DESPLAZADOS.**

Estas son en esencia hoy, las reivindicaciones de la **Plataforma de Lucha del Pueblo Colombiano** propuesta por los Comités de Lucha, y como enseñaron las masas trabajadoras en 1977, sólo se pueden conquistar canalizando todos los paros y huelgas, todas las luchas y rebeliones, todos los motines y asonadas, en un único torrente que abarque a todo el pueblo y en todo el país: una poderosa **Huelga Política de Masas**, esta vez contra el régimen de Uribe, y ahora sí en la perspectiva de la Revolución Socialista

Independencia de Clase, Significa hoy Aislar la Politiquería Electorera

Si algo descuella por su importancia en las lecciones de la Huelga Política de Masas del 14 de septiembre de 1977, es la histórica e impresionante independencia del pueblo frente a la politiquería.

La trampa politiquera no la mordieron los luchadores obreros y populares en septiembre de 1977, pues finalizando el Frente Nacional en 1974, los reformistas difundieron en el pueblo la ilusión de “resolver” sus problemas en los Concejos, Asambleas y Congreso, y la inmediata farsa electoral estaba convocada para febrero de 1978. Sin embargo, el pueblo dijo **¡NO A LA POLITIQUERÍA! ¡SÍ A LA LUCHA DIRECTA!** Y asistió masivamente y con redoblado heroísmo a la batalla del 14 de septiembre, y meses después en rechazó a la farsa electoral le negó su apoyo a la politiquería de los falsos comunistas y sus compadres.

Fenómeno revolucionario muy viejo en Colombia, que no cabe en las cabezas de historiadores mamertos como Álvaro Delgado, quien opaca la lucha política independiente librada por el pueblo en septiembre del 77, contraponiéndole la lucha politiquera del miserable conteo electorero y del vergonzoso cretinismo parlamentario de los falsos comunistas.

De ahí que su interpretación del fenómeno sea otra mamertada: *“Los resultados de las elecciones del 26 de febrero de 1978 revelaron un estancamiento y en cierta manera un retroceso relativo de la oposición de izquierda (la colación UNO-ANAPO-MIL) que estuvo al frente del paro cívico nacional.”* (...) *“Cinco meses más tarde, el enorme volumen de las masas populares participantes en el paro cívico nacional y en las numerosas e importantes acciones reivindicativas que lo antecedieron y precedieron **no depositó su voto por las listas de la oposición revolucionaria.**”* (sn) *Semejante “desequilibrio” en la conducta popular evidencia que los procesos sociales son mucho más complejos de lo que aparentan; que no hay una línea recta de ascenso de la lucha económica hacia la lucha política, sino un juego de factores históricos, y que esa “tierra de nadie” entre la actividad reivindicativa y el ejercicio consciente de la política de clase revolucionaria sigue constituyendo el mayor problema a resolver por el destacamento de vanguardia de la clase obrera colombiana.”* (Política y Movimiento Obrero, pág.144).

Ese tal “desequilibrio”, esa tal “tierra de nadie”, se llama **independencia de la politiquería**, y las grandes masas trabajadores la practicaron en 1977 para dejarla como inolvidable lección histórica, enseñando que la llave para el triunfo consiste en que los trabajadores se convenzan y decidan a luchar y organizarse en forma independiente de los politiqueros. Lo demás ya existe: problemas de sobra y comunes para todo el pueblo; agotamiento de la paciencia en los de abajo; entusiasmo y deseo de luchar en las masas trabajadoras; acumulación de múltiples y dispersas experiencias de confrontación directa con las fuerzas del régimen; trabajo conciente de los revolucionarios.... lo único que obstaculiza en el camino es la **politiquería** de los reformistas, de los demócratas, liberales y oportunistas, quienes todos en gavilla atraviesan la promesería politiquera de su Coalición y Polo para atajar y desgajar la lucha de los explotados, para desviar su atención hacia la farsa electoral, hacia las ilusiones en el parlamento, en un gobierno de oposición y en la falsa democracia del Estado de los capitalistas.

Clase Obrera, la Protagonista

En un país capitalista oprimido como Colombia, si el actor principal no sale al escenario, ¿no hay presentación! Aquella época también fue testigo de no pocos fracasados Paros, porque todo se apostaba a la parálisis del transporte y no de la producción fabril.

La burguesía acepta que le detengan la rutina de las ciudades, como ocurre con frecuencia, e incluso se da el lujo de atravesar Festivales, Ferias y Carnavales, y hasta días sin carro, sin perros y sin gatos. Pero jamás acepta que los obreros le detengan la producción, eso es para ella como si le detuvieran el corazón, si es que tiene corazón....

La Huelga Política de Masas de 1977 contó con un participante indispensable para hablar de huelga: el proletariado fabril, que ese día decidió apagar las máquinas, cerrar las puertas de las fábricas y con ello, cortar el chorro de capital que va a parar al bolso de los capitalistas. Por eso aquella jornada les dolió profundamente porque pisoteó como clase trabajadora el nervio de la vida de todos los capitalistas: la ganancia. Porque convirtió el paro de la producción en un problema de orden público. Por eso se ablandaron los poderosos.

Y valga la oportunidad para expresar unas pocas palabras sobre la lucha de resistencia económica, despreciada por tantos políticos “revolucionarios” so pretexto de no contaminarse de economismo, pero tan inevitablemente necesaria para resolver sube y baja del salario, un problema vital de la inmensa mayoría de la población colombiana, pero que los capitalistas y reformistas enredan con las solemnes mentiras de la dependencia del clima, de la inflación y la crisis monetaria, o escamotean con las caritativas advertencias sobre el riesgo de perjudicar a los desempleados y disparar el costo de la vida, si el alza del salario sobre pasa el miserable límite de la inflación que han concertado con los vende obreros.

En realidad, ese problema del precio del salario, sólo depende de una variante: ¡la lucha de los mismos obreros!

Ella es su único y absoluto regulador. Si la lucha baja, el salario rebaja, y sólo se puede exigir su alza por medio de la lucha obrera, que en el terreno de la resistencia tiene un arma prodigiosa: la huelga! el paro de la producción! Un arma que desde muy al comienzo del siglo 19 le ha dado al proletariado un magnífico resultado: elevar el precio de la venta de su fuerza de trabajo, lo cual significa mejorar sus condiciones de vida, dignificarla, y disponerla mejor, ya no sólo para alargar la cadena de la explotación asalariada, sino para suprimirla definitivamente con todos sus grilletes y verdugos.

Sin embargo, la lucha de resistencia económica de los trabajadores apenas logra enjuagar las llagas causadas por la explotación capitalista. No basta como tampoco bastan las huelgas políticas de masas que apenas logran satisfacer necesidades inmediatas de todo el pueblo.

Es absolutamente necesario para los trabajadores luchar hoy con la vista puesta en el futuro, en las batallas decisivas que suprimirán las causas profundas de la esclavitud asalariada, que derrumbarán todo el poder político de los amos capitalistas y dejarán que la sociedad colombiana fluya libremente por los caminos de la cooperación del trabajo: el socialismo. Batallas que deben ser dirigidas por los obreros a condición de empeñarse desde ahora mismo en luchar y organizarse políticamente, comportarse como una clase independiente, capaz de aglutinar a todos los dueños de la fuerza de trabajo contra los dueños del capital, capaz de aliarse y dirigir a sus hermanos campesinos, capaz de filar al frente de todos los oprimidos contra todos los opresores, contra todos los privilegiados explotadores que siempre han gobernado a Colombia.

Septiembre 2007